

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

ELEGÍAS

ELEGÍA I

A la muerte de Clorila

I

Acelera tu curso, noche umbría,
y cubre con tu velo tenebroso
la escena infausta de tan triste día.
¿Qué importa que en su carro luminoso
el sol resplandeciente
salga por el oriente
alumbrando la lóbrega montaña?...
¿Qué importa, si allá dentro en mi cabaña
sobre la tierra fría
tendida yace la zagala mía?

¿Posible es, muerte dura,
que mi mitad más dulce me quitaras
en la mejor hechura
de la madre natura...?
¿Posible es que a mi Clori me llevaras?
¿A do me la llevaste?... ¿A do te has ido,
Clori, en edad tan tierna?
Paréceme que escucho tu gemido,
que me responde y dice que a la eterna
región obscura del infausto olvido.
Descansa; ¡ay Clori! en paz, y desde el. cielo
tu espíritu inmortal de luz circuido,
mi soledad alivie y dé consuelo.

ELEGÍA II

¿A dónde, Clori mía, te me fuiste?
Todo este largo invierno to he buscado
por mil lugares que nos vieron juntos.

Les pregunto a los montes y a los valles
por Clori, y sólo me responde el eco
de mis lúgubres quejas. ¡Cuán. en vano
mi voz te llama, si la muerte impía
en su casa te entró, y cerró las puertas!
Aquellas puertas de do nadie sale
a respirar el aire de la vida.

Allá fueron contigo mis amores;
contigo se fue mi alma: allá la tienes
presa de tu semblante amortecido.
No la cautivan ya tus trenzas de oro,
ni la alegran con risa placentera
tus labios de claveles encarnados,
ni ya en tus ojos el amor sus teas
enciende para darla un fuego dulce.
Todo esto ¡ay Clori! te acabó la muerte
cuando llegó a tu lecho enfurecida,
cual fiera brava, que en la noche oscura
bajo del monte y destrozo la oveja.

¿Qué dios entonces se me entró en el pecho,
y me animó con fortaleza grande
para no me excusar en tus oficios?
Yo mismo, sí, con estas propias manos,
que antes ciñeron a tu sien mil flores,
cierro tus ojos y tus labios junto;
lavo tus pies con olorosas aguas;
la vestidura fúnebre te pongo,
y tu cadáver tiendo en una estera...

Mas si para esto entonces valor hube,
hoy no lo tengo para recordarlo,
y consumido de mortal tristeza
me espera allá, mi Clori, en el sepulcro.

ELEGÍA III

Después que de mis brazos te arrancaron
ministros fieros de la parca impía,
y en sus lóbregas cuevas te ocultaron,

¡Cruelles memorias! ¡ay!, desde aquel día
en que todos mis bienes te llevaste

contigo a sepultarlos, Clori mía,

¿Cómo podré decir cuál me dejaste,
perdidos para siempre mis amores,
y de mis duras penas el. contraste?

Dos años, sí, dos siglos de dolores
cuento ya de llorar to ausencia eterna,
sin que aflojen su cuerda los rigores.

Una noche me cubre sempiterna;
noche fatal, la noche más oscura,
muerto ya el resplandor de tu luz tierna.

¿Conque ya para siempre tu hermosura
se acabó? Pues ¿qué puede haber dejado
voraz el tiempo en la honda sepultura?

¡Ay de ti! y ¡ay de mí, que traspasado
el corazón de penas, te estoy viendo
horroroso esqueleto descarnado!

Si no es que acaso a tu sepulcro horrendo
bajaron otros muertos espantosos,
y con ellos te has ido confundiendo.

Si no es que tus fragmentos ya mohosos,
sin que formen su todo, separados
estarán ya en osarios horrorosos.

¡Tristes reliquias! ¡ay! ¡huesos amados!
¿Quién os hubiera dado alojamiento,
donde pudieseis ser mejor tratados?

Obra muy digna del merecimiento
de mi virtuosa Clori, que sería
de inocencia y de amor un monumento.

Esta inscripción sencilla le pondría
A su inocente Clori, Silvio amante...;
pero si soy un pobre, Clori mía.

Recibe, pues, mi amor, mi fe constante,
mi corriente de lágrimas difusa,
mi voz con que te llamo a cada instante
y este postrer obsequio de mi musa.

